

DE TOYAKO A MOTRIL

De Toyako (Japón) a Motril, con parada en Cannes (Francia) sería el mapa de esta etapa de la ruta mundial de la miseria humana. En la ciudad nipona se han reunido los países ricos del G-8 que, frente a promesas realizadas en muchas cumbres pasadas de Escocia o Alemania, han decidido que seguirán esperando más años para aportar las ayudas que combatan el sida, la malaria, la tuberculosis y la hambruna que padecen cerca de mil millones de personas, la mayoría africanas. Ha sido una reiteración del fracaso de la cumbre de la FAO celebrada en Roma hace unas semanas contra una crisis alimentaria provocada por el alza de los cereales, y los precios del petróleo que ha disparado aún más los índices de pobreza de la negra economía africana. Esa, que nos escupe a la cara de las costas europeas, pateras y cayucos, hombres temblorosos de frío, mujeres embarazadas y menores embajadores de familias numerosas, sin carnet y en apuros; y muchos naufragos y desaparecidos, demasiados, como las 14 víctimas de Motril de hace unos días, o las que acontecieron anoche en algún mar tenebroso y embravecido, o serán mañana. Para crisis, pregúntele a uno de estos playeros nocturnos, marineros de infortuna.

Mientras el G-8 da la espalda a Africa, en Cannes los países europeos han logrado, con arduas negociaciones, un pacto para luchar contra la inmigración ilegal, organizar las expulsiones y aumentar el control de fronteras. Hablan de crear una asociación con los países de origen y tránsito de la inmigración, pero la aprobación unilateral de la Directiva europea del retorno, también llamada de la “vergüenza”, con el rechazo de la Organización de Estados Americanos, cuestiona y descubre ese pretendido entendimiento para un codesarrollo verdadero y una gestión compartida de los flujos migratorios. Si la Revolución Industrial encontró como contrapeso el socialismo y todo el movimiento obrero, tras la caída del telón de acero ¿quién frenará este neoliberalismo capitalista desbocado? La revolución silenciosa de los pobres, que ya no ejecutan a los zares ni asaltan la Bastilla, pero que con el sacrificio de su sangre van llenando de ignominia nuestras gloriosas páginas de libertades y derechos, a la vez que nos colocan en maltrecha conciencia. Ojalá tengan ellos la indulgencia que nosotros no tuvimos.

Una vez le preguntaron a Teresa de Calcuta, si existía una pobreza peor que la falta de comida, a lo que ella contestó: sí, la falta de amor. Hay una miseria que está más allá de esos niños famélicos de ojos grandes y brazos caídos, es la miseria ética y moral de un ser humano egoísta, que cierra los ojos y consiente, a sabiendas, aquélla barbarie. No lo permitas.

